

recursos que es el autor. Hay bellas notas del paisaje, y la descripción de una tempestad en medio de la selva. En suma, una novela como todas las de Santiván, muy amena y llena de interés, pero en la cual se advierte en él, una falta absoluta de simpatía por los seres y las cosas que, a pesar de todo, le infunden ánimo para meterlos en las páginas de una novela. — L. D.



PACIFICO - ATLANTICO, por Domingo Melfi.

Los anteriores libros de Melfi merecen un estudio detenido, que nosotros no estamos autorizados para emprender en este artículo. Lo merecen porque en cada uno de ellos, el autor ha logrado extraer de nuestra vida colectiva, pretérita y actual, un buen número de figuras decisivas para la evolución social e ideológica de la raza, y al mismo tiempo, un cúmulo de verdades que era necesario desescombrar para utilizarlos, quizá, algún día, en una nueva estructura, digna y desapasionada, de nuestra historia social y política. Lo merecen, y esto es esencial para la mejor comprensión del nuevo libro de Domingo Melfi, porque en aquellas obras de aguda y cálida observación, están asentados los orígenes emotivos y los móviles espirituales de «Pacífico-Atlántico» (1). Melfi se define en este libro, como el ensayista sin careta que tanta falta hacía en Latino América. Espléndidamente ubicado en los cómodos ángulos de una cultura que supera los límites de nuestra raza, recoge la verdad esquemática y revelante de tierras y hombres, sin otra vinculación personal con el objeto que el fervor humano, bien iluminado por una rara intuición y una leal inteligencia; fervor que aproxima y funde nacionalidades y pueblos. Mucho más que el deleite intelectual del mero ensayista, malabarista de las imágenes y de las ideas

---

(1) Ediciones «Atenea», Santiago 1934.



sutiles, guarda el último libro de Melfi. El pulso de una inteligencia ardiente y persuasiva es el que construye estas «notas de viaje» y las transforma en un cuerpo ideológico viviente, de trascendencia americana, en un paralelo de naciones sometidas a las influencias elementales y diversas del paisaje y a las convulsiones de su etnografía. Naturalmente, más allá de la segura interpretación de pueblos, de la perfecta valorización de tipos, de la conciencia un tanto escéptica con que señala nuestras posibilidades está el anhelo de coordinación, de aproximación de los valores americanos, en favor de la integridad de la tierra americana, en su cuerpo y alma. La oposición del paisaje pampero y de nuestra tierra altibaja, le hace meditar, en las características opuestas de las razas que habitan estas regiones de América. La visión de la pampa, inolvidable, le hace comprender de una vez toda la tragedia del gaucho, preso de la inmensidad de su tierra, su alma libre y afanosa de leyenda, soberbia y triste, fundamentalmente llana, despótica y soñadora. Una mirada atrás le basta para recoger en seguida, la tragedia del país cerril, sufrido, sinuoso y enérgico, cuya vida espiritual se recuesta en la encrucijada y en la acechanza. No creo que alguna vez se hayan escrito páginas más aceradas y sensibles, que estas en que el escritor, con el alma desnuda, abraza la verdad de nuestra vida, al influjo de la llanura soberana que lo acoge, iluminada por un sol inmóvil. «Era, pues, un mar vasto con un sentido inmóvil de perennidad. Un mar que hacía surgir su monotonía del seno de su misma grandeza, sin nada humano, sin nada que determinara en el espíritu, la posibilidad de la huella sobre la cual el hombre había dejado un resto de su minúscula personalidad». «Allí, sin embargo, vivía una raza». . . «En aquella planicie sin riberas, que cruzábamos, el hombre había recorrido vastas extensiones, señor de sí mismo, rebelde a toda ley, como devorado en su corazón por la soledad que no le permitía sino la aventura y el coraje. . . ». Veamos ahora lo nuestro: «Pero, detrás de la cordillera andina había una tierra de montañas y de recodos. Las llanuras

eran estrechas como los tortuosos cajones de sus cordilleras. El hombre estaba en acecho siempre. No tenía poderosas sugerencias para echar a volar su fantasía, sino limitados claros entre los cerros y entre los ríos que ondulaban como las serpientes o que se precipitaban desde la altura en un ronco y turbulento clamor de espumas y de guijas. Las ciudades crecían a la sombra de los cerros o en las orillas de los ríos. Siempre una naturaleza opresora que estrechaba la visión o el alma entristecida del campesino. Por eso el cuerpo era nervioso y lento a un tiempo, con el recelo de la soledad poblada de fantasmas que había que sorprender en cualquier rincón de los cerros, de los bosques o de los matorrales».

Cada detalle que hiere su espíritu, estimula el proceso íntimo de elaboración en síntesis colectiva y da margen a la comparación severa y al estudio fundamental de los países por donde ha pasado, tomando como punto de arranque la imagen íntima de su país, que ahora, en la ausencia, se desenvuelve a sus ojos con extraordinario vigor y claridad, frente a la poderosa visión de los sucesivos panoramas que lo solicitan. El paisaje hidrográfico, lo nota que, como los cerros, da tanto carácter a una región y a un país, está captado con intensidad, en imágenes vitales, extractivas, cargadas de todas las fuerzas y de todos los jugos que el autor logra desentrañar de esta tierra todavía virgen: «El Paraná Guazú venía del corazón de América virgen. Su agua bronceada parecía llevar en su seno la disolución de todos los gérmenes prodigiosos de la selva, la trasudación de los metales ricos y codiciados, desde antiguo, la pujanza de las razas sombrías y errantes que se habían estrellado en los cañaverales de la orilla, asechando las primeras expediciones de los conquistadores». En seguida, al conjuro de la palabra clara y emocionada, se desenvuelve la extensión de nuestra tierra abrupta, estriada por los ríos de accidentado curso, turbulentos y sonoros. En cada telón, la nota racial, en un movimiento natural del pensamiento afinado, que identifica sin esfuerzo al hombre en el paisaje.

«El río tenía algo del alma encajonada del país. Algo de su *diarfanidad simple y de su turbulencia airada, pero fugaz*».

El espectáculo de la tierra uruguaya, la imponente perfecta de su vieja capital, culta y exquisita, lo llevan en rápidos y ciertos buceos, hacia los heroicos gestos de su formación histórica, que él resume en el duelo entre la llanura y la ciudad. Lucha en que habría de imponerse a la larga el más hábil, única razón de una civilización superior. Por desgracia, tras el triunfo,—y esta es, quizá, la observación, el pensamiento fundamental del libro, desde que señala el rumbo de la historia americana y el destino de las «razas abandonadas»,—tras el triunfo, la ciudad vencedora, olvidó las sugerencias formidables de la pampa y se encerró en sus lucubraciones brillantes y mistificadoras. Pocos escritores han logrado como Melfi, el relieve trágico que realmente tiene este hecho. Demás está decir que esta verdad tan bien interpretada alcanza a todos los pueblos de América, excepto Méjico. «Así crecieron estos países, así fueron entregados al caudillaje político de la ciudad, sin que éstas comprendieran jamás el espíritu de la tierra que se extendía detrás de las fortalezas y bastiones».

En armonía de contraste con el hombre libre y arrogante formado por la llanura, Melfi nos evoca en sucesivas páginas, el carácter de nuestro tipo, «el hombre del país de los cerros», con rasgos tan intensos y totales, que hemos pensado si acaso Melfi, sea quien nos dé algún día el libro de nuestro roto, la novela de la raza cerril y huraña que los escritores no han querido o no han podido escribir por «olvido de su tierra». Hay en esta parte del libro que comentamos imágenes y trazos que acusan la sensibilidad de un novelista. «Debajo de su poncho misérrimo y defendido del pedruzco de los caminos por la ojota de cuero, el hombre del país de los cerros, vagó a lo largo de sus sendas cruzando los desfiladeros sin saber qué había en su oscuro destino de abandonado». «La tierra había formado un hombre de repechadas. Pero no había formado un hombre de horizonte». «Hay una como voluntad de silencio, una como afanosa búsqueda de

abrigo en la escarpa fluda y en la ribera del río cantarino. El hombre está en acecho de posibilidades».

Libro éste de claras y profundas verdades, en que se vierte a caudales la observación y el juicio de un hombre que ha sabido mirar por encima de la pasión, de la maldad y del egoísmo, la realidad dispersa y turbia de nuestra América, hasta señalar en ella un sentido, una raigambre, que explica nuestros yerros y nuestros épicos aciertos. Libro sincero, recio y altivo sin énfasis, que debieran leer todos aquellos que aman a su raza, inútilmente, porque no la entienden, y todos lo que la desprecian porque no la merecen.—LAUTARO YANKAS.